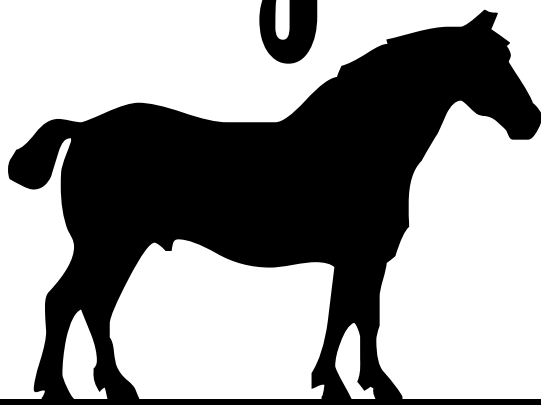


Política del espacio y los recicladores de Bogotá



Versión adaptada de un trabajo de investigación realizado durante un ciclo de intercambio en la Universidad Javeriana (Colombia) sobre los recicladores de Bogotá y su lucha por el derecho a trabajar en las calles. Tras presentar el contexto global en el que se hace posible la industria del reciclaje que conecta circuitos formales e informales y se vale de poblaciones marginales trabajando en el último eslabón de la cadena, se utilizarán los postulados de Henri Lefebvre (1974) sobre la producción del espacio para entender el lugar que asumen los distintos elementos en juego.

Escribe y Foto: Ignacio Pezo





LA URBANIZACIÓN DE LA POBLACIÓN MUNDIAL Y LOS ANTAGONISMOS DE LA CIUDAD CAPITALISTA

La población del mundo se ha urbanizando exponencialmente durante los últimos doscientos años. Desde el 2006, por primera vez en nuestra historia, más de la mitad de la población mundial habita en ciudades y se estima que cada semana durante los próximos cuarenta años se sume un millón de personas más a las ciudades (West, 2011). Este proceso de urbanización ha formado ciudades que albergan contingentes de población impresionantes: el primer lugar lo lleva Tokio, con más de 34 millones de habitantes, mientras que en Latinoamérica las ciudades más pobladas son México D.F. y Sao Paulo con 22 y 20 millones de habitantes respectivamente (www.citypopulation.de). De hecho, las proyecciones de crecimiento urbano son mayores para los llamados “países en vías de desarrollo”. Por ejemplo, estima que para el 2025, Asia podría tener, ella sola, diez u once ciudades con más de 20 millones de habitantes, entre ellas Bombay que llegaría a tener ella sola 33 millones de habitantes (Davis 2006).

El proceso de urbanización de AL ha sido caracterizado por una radical reproducción de la desigualdad que ha producido ciudades fragmentadas, donde las poblaciones de barrios marginales son confinadas, estigmatizadas, invisibilizadas y hasta desplazadas sistemáticamente. Davis (2006) sostiene que esta “catástrofe mundial sobre la pobreza urbana” debe ser entendida en su relación directa con el desarrollo del capitalismo mundial y particularmente con las políticas neoliberales de los últimos treinta o cuarenta años. Así, Davis señala que “el capitalismo neoliberal multiplicó exponencialmente los tugurios que constituyen la pasmosa proporción del 78,2% de la población urbana en los países menos desarrollados” (2006:5). Henri Lefebvre (1974), sostenía que la “ciudad es el lugar privilegiado del ca-

pitalismo”, en tanto “lo urbano encarna y refleja las relaciones sociales capitalistas que han producido la vida moderna”. La antinomia como característica de la ciudad latinoamericana parece ser una realidad generalizada. En nuestro caso, la ciudad de Bogotá, con 9 millones de habitantes es la ciudad más poblada de Colombia y la más importante económicamente. Sin embargo, Bogotá no deja de expresar un carácter antinómico: el 40% de toda la riqueza de la ciudad queda en manos de apenas el 7% de su población mientras que el 10% más rico recibe ingresos per cápita 49 veces más altos que el 10 por ciento más pobre (El Tiempo, 2011). En el tema laboral, Bogotá cuenta con una tasa de desempleo del 12% y un 45,3 % de la PEA trabaja de manera informal (El Tiempo, 2011). Además, se estima la existencia de más de 8 mil habitantes en situación de indigencia (El Espectador 27 agosto 2008). Es solamente en este contexto antinómico de desigualdad y marginación que se hace posible la existencia del reciclaje informal como el único sustento de una población, dedicada a trabajar con lo que el resto de la sociedad considera despreciable e inservible, dígame, la basura.

LA INDUSTRIA DEL RECICLAJE EN BOGOTÁ

Una ciudad como Bogotá produce alrededor de 6 mil toneladas de residuos diarias, de las cuales más de 3 mil son potencialmente reciclables. Sin embargo, actualmente sólo se recuperan aproximadamente 900 toneladas al día, es decir, menos del 30% y no existe un sistema integrado que maneje el flujo de residuos sólidos para la capital. De manera que el trabajo de reciclaje es llevado a cabo en un 60% por la labor de recicladores independientes y las pocas cooperativas que han podido consolidarse. Este trabajo es el sustento directo de más de 18 mil trabajadores en la ciudad de Bogotá y si se toma en cuenta los negocios de bodegas y centros de acopio, la cifra llega a más de 25 mil familias (Parra 2007).

La población recicladora es sumamente heterogénea. Tanto empresas de grandes capitales como poblaciones marginadas de recicladores independientes están involucrados en el reciclaje y, como veremos, forman parte de una misma cadena económica. Así, el reciclaje puede ser realizado con un alto nivel de sofisticación pero también con nada más que un bolsón donde almacenar el material recolectado. El uso de un vehículo por parte de los recicladores es una modalidad que permite un mayor desplazamiento y capacidad de carga. Existen dos tipos de transporte comúnmente utilizados: el zorrillo que se refiere a una caretilla común; y la zorra que se refiere al uso de una carroza triada por un caballo¹. Como es evidente, aquellos recicladores que andan en zorra tienen una ventaja comparativa al resto de recicladores, pero también es cierto que el uso de este vehículo exige una inversión significativa y un mantenimiento más elevado, por lo que muchos recicladores pueden llegar a endeudarse con propietarios de establos para poder capitalizar las ventajas de este vehículo.

Con esta distinción en mente y, tomando en cuenta las limitaciones inherentes en toda generalización, se pueden proponer tres tipologías de los recicladores itinerantes: (1) Los recicladores de oficio agremiados, quienes utilizan la zorra o el zorrillo como medio de transporte y se encuentran inscritos en alguna cooperativa que, a cambio de ciertas obligaciones, les brinda beneficios de representación y lazos de solidaridad; (2) Los recicladores de oficio no agremiados, quienes manejan un tiempo flexible, utilizan cualquier tipo de medio de transporte y no deben dar cuentas a nadie, y; (3) los recicladores indigentes que, a diferencia de los recicladores de oficio y como su nombre lo dice, son habitantes de la calle que trabajan de manera solitaria y esporádica en el reciclaje. Estos últimos son también la población más vulnerable por su precaria condición de vida y su cercanía con los vicios, la delincuencia, pero también con el abuso y la discriminación.

1.- La abundancia de agua y especialmente de áreas verdes naturales en Bogotá (que sirve como un primer alimento para los caballos) puede ser una explicación para el uso de animales en este trabajo, a comparación de Lima.

El reciclaje informal tiene por lo menos 60 años en Bogotá y para muchos recicladores es un oficio heredado generacionalmente. Así como ellos, sus hijos e hijas empiezan a reciclar desde muy temprana edad, desarrollando desde entonces las estrategias para encontrar la mejor basura o la pericia necesaria para identificar con el tacto los objetos de valor dentro de las bolsas. La actividad básica de un reciclador itinerante se resume en la búsqueda ambulatoria de basura para recuperar de ella todo material potencialmente reciclable. Los recicladores experimentados generalmente tienen un mejor conocimiento de dónde conseguir la mejor basura, pero por lo general toda es bienvenida; ya sea aquella producida por los hogares y que es colocada sobre la calle para su recolección; la que se encuentra en mayores cantidades proveniente de supermercados y complejos residenciales o; aquella concentrada en los grandes botaderos o rellenos sanitarios de la ciudad.

Una vez recolectado, los recicladores se encargan de transportar y segregar todo el material recuperable para venderlo en las bodegas o centros de acopio, quienes a su vez realizan un procesamiento adicional a la basura antes de venderla a las grandes industrias del reciclaje. El subempleo en el último eslabón de la cadena es lo que permite que el negocio de la basura se haga rentable para las grandes empresas. De hecho, la estructura y dinámica del mercado del reciclaje evidencia la íntima relación de explotación que se da en la integración de circuitos informales (recicladores y algunos bodegueros) con corporaciones de grandes capitales (a veces transnacionales como el caso de Kimberly y Clark en Bogotá). Si bien no hay cifras actuales, ya para 1990 la industria del reciclaje en Colombia produjo más de 22 millones de dólares y desde entonces el negocio se hizo cada vez más rentable gracias al incremento en la demanda por el reciclaje, pero también como consecuencia de la radicalización de las antinomias sociales, como el aumento de la pobreza en la ciudad, el desempleo o la precarización del trabajo que obliga a las poblaciones marginales encontrar





El proceso de urbanización de AL ha sido caracterizado por una radical reproducción de la desigualdad que ha producido ciudades fragmentadas, donde las poblaciones de barrios marginales son confinadas, estigmatizadas, invisibilizadas y hasta desplazadas sistemáticamente.

en la basura un medio de supervivencia (Rodríguez, 2004). Las antinomias se vuelven en un elemento constitutivo y necesario de la viabilidad del circuito.

En los últimos años, gracias a este potencial de lucro, la industria del reciclaje ha sido objeto de una lucha política entre los capitales privados, apoyados por el gobierno, con intenciones de monopolizar el negocio y las organizaciones de recicladores (cooperativas y agremiaciones) que han movilizado sus recursos (a escala local y transnacional) y que, con ayuda de organizaciones civiles han logrado hacerle frente a estas iniciativas. A continuación presentaré los lineamientos teóricos sobre la producción del espacio para poder tomar esta entrada al análisis de este caso.

POLÍTICA DEL ESPACIO: LA RESISTENCIA DE LOS RECICLADORES EN BOGOTÁ

El espacio no es solamente una experiencia concreta en la cual vivimos día a día, sino también una construcción social. La forma en que vivimos, pensamos y organizamos un espacio a través de nuestra vida cotidiana y las instituciones que la constituyen son parte de la dialéctica en la que el espacio se transforma social e históricamente. Henri Lefebvre (1974) llamó a este proceso producción del espacio y lo dividió analíticamente en tres momentos interdependientes y complementarios entre sí. A groso modo ellos son: (1) Las prácticas espaciales, que se refieren a la forma en que utilizamos y nos apropiamos del espacio cotidianamente y la percepción de éste que se desprende. Las tecnolo-

gías de la información y comunicación (TICs) o los medios de transporte modernos, que han permitido superar los límites que antes dominaban al espacio, son un ejemplo del cambio en las prácticas espaciales cotidianas. (2) Las representaciones del espacio, que se refiere a los modelos abstractos que representan el espacio y que están fundamentados en sistemas de conocimiento, como sería el caso de los mapas o los sistemas información georeferenciada (GIS). Son abstracciones de gran utilidad pero que reducen el espacio a una dimensión técnica, ignorando luchas, ambigüedades, y otras formas de ver el mundo. Así mismo, las representaciones dominantes extienden y reproducen relaciones de poder-saber imbuidas en los sistemas de conocimiento hegemónicos. Por último, (3) los espacios de representación, se refieren a espacios de potencial simbólico, saturados de significados construidos y constantemente reconstruidos por los hombres a través del tiempo. Estas construcciones están arraigadas en la experiencia, en la historia de un grupo y en la de cada individuo.

Esta distinción analítica entre la forma en que vivimos (prácticas espaciales), organizamos (representaciones del espacio) y pensamos (espacios de representación) el espacio, permite hacer inteligible las luchas entre las relaciones de dominación y resistencia que atraviesan el espacio como un objeto constituido socialmente. Si bien las representaciones dominantes intervienen, penetran y tienden a colonizar los espacios de representación, estos últimos también pueden tomar un carácter subversivo: el espacio de representación es a la vez sujeto de dominación y fuente de resistencia (Sharp, 2000). Así, hablar de una política del espacio es entender cómo éste se convierte en objeto de

disputa entre representaciones del espacio dominantes y contra-representaciones que buscan instaurarse sobre el mismo. Dicho esto, podemos preguntar ¿cómo se dan estos momentos en la producción y apropiación del espacio de los recicladores? y ¿cuál es la representación dominante del espacio antagónica contra la que se lucha?

El crecimiento antinómico de la ciudad ha configurado un orden social fuertemente territorializado, que fragmenta el espacio y confina determinados habitantes a zonas específicas. Lo que Lefebvre llamó el derecho a la ciudad pierde su condición universal y se convierte en un privilegio determinado por el capital económico, social y cultural de la población. ¿Quiénes tienen derecho a las plazas, áreas verdes y quienes no? ¿Quiénes gozan de seguridad o para quiénes se piensa esta? o ¿quién tiene y quien no, libertad para desplazarse en la ciudad? En tanto las prácticas espaciales de los recicladores se caracterizan por la necesidad de desplazamiento, ellos están obligados a trasgredir este orden social territorializado y aventurarse día a día a barrios pudientes y "lejanos", donde son tratados ya sea como personajes invisibles o amenazantes. Como víctimas de discriminación y marginación, los recicladores son una población como los recicladores "corresponde", en los imaginarios urbanos, al peor rostro de la ciudad; aquel donde predomina tanto la pobreza como la delincuencia y suele ser asociado a una identidad clandestina, indeseada e invisibilizada. La calle, termina siendo para ellos un espacio contradictorio donde, por un lado, es parte de su escenario cotidiano; pero, por otro, es también el motivo de alienación, el lugar donde ellos se pueden encontrar "fuera de lugar"; un espacio clandestino.

Durante su trabajo en la calle muchos recicladores son acompañados por sus hijos o nietos (muchas veces niños e inclusive pequeños bebés), ya sea debido a la ausencia de un lugar alternativo donde dejarlos o en el caso de niños y adolescentes, por la ventaja contar con su ayuda. Pasando casi todo el día en el trabajo de reciclaje, la infancia de estos niños ha sido desplazada del hogar a la calle, privándoles de la socialización con otros niños, la escuela y el juego. Este desplazamiento del espacio de reproducción social introduce a los niños en el oficio del reciclaje desde muy temprana edad y les priva de alternativas a futuro por la falta de una educación formal o el desarrollo de otras capacidades, reproduciendo generación tras generación su condición de marginalidad y explotación (Katz, 2001).

Sumándose a estas problemáticas, durante los últimos 10 años los recicladores se han enfrentado a una continua persecución y oposición por parte de las autoridades municipales quienes han promovido una serie de legislaciones con la intención de “ordenar” y “modernizar” el servicio de reciclaje pero que han impuesto restricciones y colocado exigencias tan altas, que prácticamente obligan a los recicladores a infringir la ley o abandonar el oficio del reciclaje. Si retomamos los planteamientos de de Lefebvre, estas leyes son representaciones del espacio dominantes que buscan reconfigurar la calle como espacio de representación y restringir las prácticas espaciales posibles. Las leyes han sido muchas, pero aquí hablaré de una emblemática: la polémica Ley 1259 del Comparendo ambiental, planteado al congreso el 19 de diciembre del 2008. Este proyecto de ley buscaba establecer un “uso correcto e higiénico de la calle y la basura” y planteaba en su Artí-

culo n°6: “será prohibido destapar y extraer parcial o totalmente sin autorización alguna el contenido de las bolsas o recipientes para la basura, una vez colocados para la recolección (...) con la aplicación de una multa por hasta dos salarios mínimos por cada infracción” (Congreso de Colombia, 2008).

Así, esta ley coloca exigencias imposibles de cumplir para los recicladores argumentando que busca una cultura sanitaria más “civilizada” para el beneficio de los propios recicladores y la “modernización” del servicio de reciclaje, pero que, en la práctica, está forzando la “aniquilación por ley” de una población recicladora (Don Mitchell, 1997) o la criminalización del oficio. Esta ley como representación del espacio reconfigura el espacio público de tal manera que limita directamente el trabajo de los recicladores, violentando sus prácticas espaciales y denegando el derecho al trabajo y criminalizando el mismo. Esta representación del espacio impulsada desde la legalidad buscaba reacomodar el espacio de sustento de los recicladores, violentando sus representaciones y prácticas espaciales al convertir su trabajo en algo ilegal; así como poner en riesgo la integridad de los recicladores al enajenarlos de su única fuente de sustento. Mediante una reconfiguración del espacio, los recicladores han sido enajenados del único espacio donde podían encontrar un sustento económico y, por lo tanto, se les ha negado la posibilidad de sobrevivir, se les ha aniquilado.

¿Cuáles son las razones de la persecución de los recicladores por parte de las autoridades? Por un lado existen intereses económicos claros, en tanto las autoridades municipales habían manifestado el interés de dar el monopolio del privilegio de la basura a unas cuantas empresas privadas que tenían el capital

para tecnificar el servicio (entre las cuales estaba la empresa de los hijos del entonces presidente Álvaro Uribe). Visto de este modo, se habla de un conflicto por el espacio entre dos grupos; por un lado la población de recicladores quienes encuentran su sustento de vida en las calles y, por otro los grandes capitales con intenciones de monopolizar el negocio de la basura que han encontrado resonancia y afinidad en el gobierno. Este intento de desplazamiento del trabajo es análogo a los estudios de gentrificación (Smith 1996) de barrios empobrecidos. En ambos casos, se está favoreciendo la apropiación de un espacio donde el capital encuentra un nicho sin competencia donde puede revalorizarse a sí mismo mediante su inversión. Así, el espacio de la calle y el espacio de los barrios empobrecidos son muchas veces violentados y prácticamente expropiados de sus primeros dueños, para favorecer el ingreso del capital. Los procesos de espacios y contra-espacios están estrechamente entrelazados con discursos ideologizados que enmascaran el interés económico y legitiman el proceso.

La indigencia es comúnmente asociada a la locura, la suciedad, los vicios y la delincuencia. El imaginario del indigente como algo satanizado, repulsivo y amenazante se ve claramente en la mediatización del caso del Cartucho. El Cartucho es un barrio en el centro de Bogotá que había sido tomada por indigentes (muchos de ellos también recicladores). En el marco de las políticas de recuperación y puesta en valor de los centros históricos, en marzo de 1993, el Cartucho fue “recuperado” en un operativo que desalojó a más de 14 mil personas (El Espectador, 10 abril 2009), algunas de las cuales simplemente fueron expulsadas y olvidadas. La justificación de tal desalojo se valió de un proceso





de deshumanización del Otro, fundamentado en un discurso del miedo, como una forma de legitimar el maltrato de las poblaciones indigentes. Veamos el siguiente extracto de una nota de prensa titulada El Bronx o la calle miseria en la que se describe El Cartucho:

“En dos cuadrados al sur de Bogotá está expresada toda la degradación social. En la quinta paila del infierno el peor tormento es el olor. Una hediondez insoportable mezcla de cloaca, sudor rancio, ropa muy mugrienta, comida descompuesta y droga — ¿marihuana?, ¿basuco?, ¿ladrillo? —. Principalmente droga. Vaharadas imposibles que emanan de bocas sucias, sin dientes, asestando los ojos, la cara, todos los sentidos, y dejándolo a uno con nada más que ganas de salir corriendo de ahí. Frente a ese hedor ni siquiera resultan tan espantosos los rostros amenazantes, las manos que empuñan cuchillos o las voces que lanzan intimidaciones en este lugar de miedo. La fetidez es la madre de todas las pesadillas.” (El Espectador, 7 noviembre 2009).

En estas líneas se hace evidente la deshumanización y criminalización de la población indigente, la cual es representada como en una película de terror. Apelando a la satanización de la población indigente y la consecuente movilización del miedo por parte de la población, el operativo del Cartucho puede ser más fácilmente legitimado. En tanto aproximadamente el 58% de los 8 mil indigentes que viven en las calles de Bogotá se dedican al reciclaje, el estigma de la población indigente es también generalizado a la población recicladora, quienes sufren también al suscitar sentimientos de repulsión y miedo en la población. Por ejemplo, en una entrevista con el Coordinador gremial de la Asociación de Recicladores de Bogotá (ARB) él señaló que se ven forzados a distanciarse de los recicladores indigentes, para transformar la imagen que se tiene de los recicladores agremiados.

A pesar de los estigmas sociales y el acoso por parte de las autoridades, los recicladores han tenido la admirable iniciativa de organizarse y buscar el apoyo de organizaciones internacionales para tomar acción política, movilizar recursos e impedir la efectividad de las leyes con las que se les ha violentado. A través de la Asociación Nacional de Recicladores (ANR) y la Asociación de Recicladores de Bogotá (ARB), la población recicladora ha logrado derogar la famosa ley 1259 del Compárendo Ambiental, y realizar numerosas manifestaciones para sensibilizar a la población y dar a conocer la forma en que ellos entienden su situación de marginación y explotación. En una entrevista, el coordinador gremial de la Asociación de Recicladores de Bogotá (ARB) comentó que como representante de la asociación había viajado a casi todos los países de Latinoamérica, los Emiratos Árabes y varias ciudades europeas, con la

intención de afianzar relaciones y compartir conocimiento con otras cooperativas de recicladores.

Además, mencionó con orgullo que existe una red de recicladores de Latinoamérica que cuenta con más de 15 países y que están en constante diálogo. Desde el año pasado han sido invitados a las convenciones mundiales sobre el cambio climático y, si bien su número de afiliados es de un porcentaje reducido (6 mil trabajadores del total de 18 mil en Bogotá), la ARB busca fortalecerse, afianzando las redes de solidaridad a nivel global y consiguiendo la agremiación de la mayor cantidad de recicladores posibles.

Las pocas victorias jurídicas que han ganado (por ejemplo eliminar la famosa ley 1259 del Compárendo ambiental) son una esperanza en que mediante la coordinación y movilización se logre hacer frente a las representaciones dominantes del espacio que, motivadas principalmente por un afán de lucro, ponen en riesgo la existencia de esta población. Está claro que la precariedad del trabajo de reciclaje merece ser resuelta, pero es inconcebible que las autoridades propongan legislaciones que desconocen la dimensión estructural de la problemática y que, favoreciendo ciegamente al capital, atropellen el derecho al trabajo de una población y la rindan en una condición de aniquilación por ley. Si bien encontrar una solución a los problemas que afrontan los recicladores y el sistema de reciclaje en general es una tarea sumamente difícil por la complejidad del fenómeno, es necesario encontrar la manera de fomentar la organización y generar políticas que fomenten el desarrollo de un capital humano y la tecnificación de la población recicladora actual para lograr una “modernización” del oficio que venga desde y por ellos mismos. ●